

Prólogo

Este libro está hecho de recuerdos. Abarca desde la reforma política tras la muerte de Franco y la caída del franquista Carlos Arias, en 1976, hasta la llegada de los socialistas al poder, en 1982. Seis años claves de nuestra vida. O sea, lo que, en sentido amplio, se llama «la Transición». Ha sido para mí como abrir un álbum antiguo y repasar las fotografías de entonces, descoloridas por el paso del tiempo. Como verán, van desfilando por estas páginas personajes, no pocos ya desaparecidos, y paisajes casi olvidados. Se suceden momentos y peripecias que parecían inolvidables y que se han ido borrando de la memoria colectiva. Y esos hechos y circunstancias vuelven a sorprendernos, como cuando éramos jóvenes y no parábamos de soñar. En ese sentido, es un reencuentro con nosotros mismos y con la España que quisimos, que ahora parece que está de nuevo en cuarentena.

Por eso, quizá este relato dé que pensar a muchos, ojalá dé que hablar, e interese a las nuevas generaciones que viven de algo en lo que no tuvieron arte ni parte. ¿Qué nos ha pasado? ¿Qué ha sido de aquel entusiasmo con que vencimos entre todos las tremendas dificultades del camino y alcanzamos la democracia y enseguida, nos incorporamos a Europa? ¿Qué ha pasado con la clase política, tan respetada entonces, tan denigrada ahora? ¿En qué ha quedado el respeto reverencial al Parlamento, templo de la soberanía popular,

ahora rodeado por la multitud airada? ¿Y el respeto al rey? ¿Qué ha ocurrido para que se reniegue del Estado de las autonomías y se solicite en la calle un nuevo período constituyente? ¿Qué fue de aquella forma de hacer política, basada en los pactos, el consenso y la concordia? ¿Es verdad, como dice Jordi Pujol, que este paisaje de desolación y de desánimo, en el que se deshilacha el Estado, por la costura de Cataluña y por otras costuras, es porque España ha perdido una guerra contra sí misma?

Por si la mayéutica de la historia sirve de algo, ofrezco aquí un relato personal de lo que pasó, narrado desde la trastienda, en el que su principal mérito e interés, si es que tiene alguno, es que todo esto lo contemplé de cerca. En cierta medida es un libro memorístico, como observará el lector. He tratado de poner a cada personaje en su sitio y a cada hecho en su contexto, tal como yo lo viví. He procurado desmitificar. Es imposible prescindir de la propia subjetividad. Pero en ningún caso he falsificado conscientemente la realidad. Como es natural, para escribir esta complicada historia he manejado abundante bibliografía, cuya muestra principal aparece al final de la obra, y he hablado con testigos directos muy cualificados de aquella época clave de nuestra historia. Treinta años después ya se puede hablar de todo, ya es hora de hacerlo. Fruto de toda esta búsqueda, se ofrecen aquí algunas novedades, que pueden ser fundamentales para explicar lo que pasó y lo que está pasando. Me gustaría que el lector se sorprendiera tanto como me he sorprendido yo al descubrir algunas cosas que aquí se cuentan.

Varios de los consultados, que fueron protagonistas de aquella historia, me han advertido que acaso no esté de más, antes de iniciar la aventura de una segunda transición, con un nuevo período constituyente y una revisión a fondo del Estado autonómico, repasar serenamente lo que pasó en aquella primera transición, que produjo admiración en medio mundo. Su llamada a la prudencia y a la sensatez merece consideración. En política, advierten con extraña unanimidad, solo se cambia cuando no hay más remedio y en tiempos de tribulación no conviene hacer mudanza.

No hace falta subrayar que toda esta historia que aquí se cuenta desde la trastienda tiene su epicentro en el Parlamento, ahora rodeado por la protesta airada de los ciudadanos, en el que personal-

mente me pasé cientos de horas muertas. Ahora he vuelto a entrar después de muchos años, con emoción y curiosidad, he hablado sosegadamente con Jesús Posada, el nuevo presidente y viejo amigo, he contemplado los cuadros, los muebles de entonces, los artesanados, la huella de los disparos, me he encontrado con mucha gente desconocida y me ha parecido que había menos vibración en los pasillos y mucha menos emoción en el hemiciclo. Todo parece más rutinario, distante y aburrido que entonces. Serán los años de uno, que no pasan en balde. Confieso que me he sentido un extraño. Ni siquiera está la cafetería donde los periodistas compartíamos café y confidencias con los diputados y con los ministros.

En el despacho del presidente me he reafirmado en lo que ya sabía. La política desborda ampliamente el edificio de la Carrera de San Jerónimo. Como comprobará el lector, los grandes acuerdos políticos, desde el principio de la Transición hasta hoy, se han hecho siempre fuera del palacio de las Cortes. Un célebre cronista parlamentario ha escrito: «De grandes cenas están las Constituciones llenas». Las Constituciones y las demás grandes leyes. Esta es una de nuestras peculiaridades. Los plenos del Congreso han servido normalmente para la teatral representación de la discordia entre los principales líderes políticos, pensando en el impacto mediático de sus ocurrencias y descalificaciones. Esta puede ser una de las causas del descrédito general, que, como comprobará el que lea este libro, viene de lejos. Uno, que también viene de lejos y que padece la deformación o la suerte de verlas venir, piensa, a la luz de lo que aquí se dice, que aún es tiempo de reconstruir los puentes y recuperar la concordia. De otras peores venimos y hemos salido. Pero para eso hay que poseer sentido histórico. Tener presente el pasado y mirar al futuro con larga perspectiva. Como dice Ortega, «en política, *vivir al día* es casi inevitablemente morir al atardecer, como las moscas efímeras».